

SANTA CECILIA, VIRGEN Y MÁRTIR

Día 22 de noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

Fue Cecilia una ilustre doncella romana, que desde luego escogió por herencia suya a Jesucristo, consagrándole su virginidad. En medio de eso, sus padres la desposaron con un caballero joven, llamado Valeriano, y se comenzaron á dar disposiciones para la boda, siendo todo fiestas, diversiones, música y saraos, mientras aquéllas se concluían. Sólo el corazón de Cecilia estaba cubierto de tristeza y de dolor. Al mismo tiempo que en la gala exterior brillaba el oro y la más preciosa pedrería, traía á raíz de sus delicadas carnes un áspero cilicio, y pasaba la noche en fervorosa oración para alcanzar del Señor que desvaneciese aquel tratado, ó, en caso de efectuarse, la amparase con extraordinaria protección para conservar intacta su virginal integridad. Cuando oía los instrumentos músicos que resonaban en casa de sus padres, elevando su espíritu á su Celestial Esposo, le decía: *Una gracia os pido, dulcísimo Jesús mío, y es que ni mi corazón ni mi cuerpo pierdan jamás ni una mínima parte de su entereza; no sea frustrada yo de este favor que espero de vuestra omnipotencia.* Llegó, en fin, el día de la boda; pero aquel Dios, en quien había puesto toda su confianza, fue guarda fiel de su virginal pureza, y ella con sus palabras persuadió a su esposo de dejarla voluntariamente virgen.

Dio el Señor a las palabras de Santa Cecilia toda la eficacia y toda la moción que ella deseaba; tanto, que desde aquel mismo punto comenzó Valeriano á mirar á su esposa con veneración y con respeto. Respondióla, pues,

que sólo deseaba ver aquel celestial espíritu que la guardaba, protestando estaba pronto á poner en ejecución cuanto le prescribiese para hacerse digno de tanto favor. Replicóle Cecilia que para lograr aquella dicha era indispensable creer en Jesucristo y bautizarse. Impaciente Valeriano con el encendido deseo de ver al ángel, corrió presuroso á recibir el santo bautismo, que, después de bien instruido, le confirió el Papa Urbano; y vuelto á su casa encontró á Cecilia en oración dentro de su cuarto, y á su lado un hermosísimo ángel, cuyo semblante resplandecía como el Sol, con dos alas encendidas en un purísimo fuego, y en cada mano una corona, tejidas ambas de rosas y de azucenas de una frescura incomparable, siendo su hermosura embeleso de los ojos, y recreo del olfato su inexplicable fragancia. Puso á cada uno su corona en la cabeza, diciéndoles que el Esposo de las vírgenes le presentaba aquel regalo, cuyas flores jamás se marchitaban ni perdían el suavísimo olor; pero que no podrían ser vistas sino de las almas puras y castas. Extático de gozo Valeriano, pidió á Dios con grande instancia la conversión de su hermano Tiburcio; y asegurándole el ángel que el Señor le había otorgado esta gracia, desapareció. A este tiempo entró Tiburcio en la sala, y refiriéndole fielmente Valeriano todo lo que había sucedido, le exhortó a que imitase su ejemplo. Instruyóle Cecilia, dio solución á todas las dificultades, quedando tan convencido, que al punto salió de casa, fue en busca del santo pontífice y, habiéndole éste catequizado, le confirió el sacramento del Bautismo. Valeriano y Tiburcio fueron dos mártires de Jesucristo, siendo su corona triunfo y fruto de las oraciones de Cecilia. Después de muertos los dos ilustres hermanos por sentencia de Almaquio, prefecto de Roma, quiso el juez confiscar todos sus bienes; pero ya la caridad de Cecilia los había derramado todos en el seno de los pobres. Mandóla prender, con resolución de obligarla á sacrificar á los dioses ó de sacrificar á ella á una muerte

ignominiosa. Cuando la llevaban á la cárcel, compadecidos los soldados de ver una tierna doncella de extraordinaria hermosura y en la flor de su edad despreciar de aquella manera la vida, los honores, los bienes y las esperanzas del mundo, la decían, lastimados y aun enternecidos, que haría mejor en rendirse con docilidad á ofrecer sacrificio á los dioses del imperio para gozar de la fortuna que la prometían sus prendas, que obstinarse con terquedad en defender una religión proscrita y condenada por tantos edictos de los Emperadores. Pero Cecilia, dotada del espíritu de Dios, que es espíritu de discernimiento, juzgaba sanamente de todo, dando á cada cosa su legítimo valor, y así los respondió con aquella discretísima dulzura que abre el camino á la persuasión: *Bien se conoce, hermanos míos, que no sabéis lo glorioso que es dar la vida por confesar á Jesucristo: mi mayor pasión es el amor, es la ansia por la corona del martirio. A vosotros os compadece mi florida juventud y mi caduca belleza; pero tened entendido que no las pierdo por el suplicio; solamente las trueco por otras que poseeré eternamente. El trueque es muy ventajoso para mí; cambio estiércol por oro, dejo una casa vil por habitar un magnífico palacio, y cedo una vida perecedera por entrar en posesión de otra que jamás se ha de acabar. Pongo á los pies unas piedras de ningún valor, por coronarme en el Cielo con una diadema cuajada de piedras que no tienen precio. Decidme, hermanos, ¿cuál de estos dos partidos os parece que me tendrá más cuenta?* Acabado este discurso, que oyeron todos con mucha atención, subió sobre una piedra que estaba cerca por casualidad, y levantando la voz les preguntó si creían lo que les acababa de decir. ¡Oh prodigio de la gracia! Todos á una voz la respondieron: *Creemos que sólo se debe adorar por Dios á Jesucristo, que tiene una sierva tan fiel y tan santa como tú.—Pues id,* replicó Cecilia, *y suplicad de mi parte al prefecto me haga el favor de concederme un poco más de tiempo;*

mientras tanto haré venir á mi casa una persona que, por medio de las aguas del bautismo, os haga participantes de la vida eterna, de que os acabo de hablar. Fueron á dar el recado al prefecto; y la Santa, por su parte, envió otro al Papa San Urbano, el cual acudió en diligencia, y bautizó á más de cuatrocientas personas de uno y otro sexo, y entre ellas fue uno Gordiano, célebre romano, que después, con su mucha autoridad, conservó la casa de Cecilia, y secretamente la consagró en iglesia, donde estuvo por algún tiempo escondido el mismo San Urbano, ofreciendo en ella el tremendo sacrificio de la Misa. Persuadido Almaquio de que la Santa, por conservar la vida, se había rendido en fin á su deseo, la mandó llamar y la dijo: *Dime, hija mía, cómo te llamas, y qué calidad es la tuya.*—*Llamóme Cecilia,* respondió la Santa, *y soy de casa muy ilustre.*—*No pregunto eso,* replicó el prefecto, *sino qué religión profesas.*—*Pues te explicaste mal,* repuso Cecilia, *porque tus preguntas no hablaban de religión.*—*Y tú te explicas con demasiado atrevimiento,* la dijo resentido Almaquio.—*No lo extrañes,* respondió la Santa, *porque es propio de la buena conciencia y de la verdadera fe hablar con libertad y sin cobardía.*—*Por la cuenta, no debes de saber,* replicó el prefecto, *que los jueces tenemos poder sobre la vida y sobre la muerte.*—*Mucho te engañas en eso,* respondió la valerosa doncella: *esa autoridad, de que tan vanamente te jactas, se reduce á ser un infeliz ministro de la muerte, abusando de tus facultades para quitar la vida á los inocentes; pero no las tienes para darla al más despreciable insecto; ni tu autoridad, ni tu jurisdicción llegan á tanto; y así, déjate de ponderar con ridícula jactancia ese tu quimérico poder.* Asombrado el prefecto de la discreción y del despejo de Cecilia, la dijo, en fin, que obedeciese las órdenes del Emperador, y sacrificase á los dioses del imperio.—*Lastimosa ceguedad seria,* le respondió la Santa con generosa resolución, *ofrecer incienso á un pedazo de madera, doblar la rodilla á una figura de*

pedra, y rendir á una estatua la suprema adoración que á sólo Dios vivo se debe. Y en conclusión, Almaquio, en vano te cansas, intentando contrastarme: ninguna cosa del mundo será capaz de romper los amorosos lazos que me estrechan con mi Señor Jesucristo. Irritado el prefecto de su constancia, mandó que la restituyesen á su casa, y que en ella misma la cerrasen dentro de un baño caliente donde perdiese la vida sofocada de los vapores y de las llamas. Veinticuatro horas se mantuvo en él sin recibir lesión alguna, ni experimentar más incomodidad que si se estuviese recreando en un baño de agua dulce, á pesar de las diligencias que se hacían para, avivar la voracidad del incendio; convirtiendo Dios, como en el horno de Babilonia, el ardor de las llamas en delicioso refrigerio. Informado el juez de aquel prodigio, despachó un verdugo para que en el mismo baño la cortase la cabeza. Descargó sobre ella tres golpes, y aún la dejó pendiente y viva, en cuyo estado se mantuvo tres días, empleando todo este tiempo en exhortar á los fieles á la constancia en la fe. ¡Bello espectáculo, para los que visitaban á la joven delicadísima mártir, leer la misma firmeza que ella les predicaba en los sangrientos caracteres que había estampado en su tierno cuerpo el cruel acero! Mucha gracia tiene predicar la fe cuando se está á punto de expirar por defenderla. Esto hizo Cecilia el día 22 de Noviembre del año de nuestra salud de 232.

La Misa es en honor de Santa Cecilia, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tu virgen y mártir la bienaventurada Cecilia! Concédenos que imitemos con el ejemplo á la que solemnizamos con la veneración y con el culto. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría.

Señor Dios mío, ensalzaste mi habitación sobre la tierra, y yo te rogué por la muerte que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el día de mi tribulación, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias porque mi oración fue oída, y me libraste de la perdición, y me salvaste del tiempo inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor. \

REFLEXIONES

Mi Dios y mi Señor, me tenéis prevenida una habitación que está muy elevada sobre la Tierra. ¡Qué pensamiento de tanto consuelo, y cuántos recursos encuentra en esta dulce verdad un corazón verdaderamente cristiano! La memoria de la majestad consolaba á David en todos sus trabajos; tanto en el campo como en el ejército, ya luchando con los leones, ya combatiendo contra Goliat; el pensamiento de que algún día había de ser Rey suavizaba todas sus fatigas. Mucho tengo que padecer (diría él) en estos ásperos desiertos: paso, á la verdad, días penosos y tristes; pero, al fin, algún día he de ser Rey. Tengo enemigos y envidiosos, soy perseguido por la justicia, véome precisado á andar errante y fugitivo, fáltanme las cosas más necesarias para la vida, pero he de ser Rey algún día. ¡Oh cuántos disgustos nos ahorraríamos y, á lo menos, qué consuelo encontraríamos en las miserias y en los trabajos de esta vida si considerándonos como futuros ciudadanos de la Corte Celestial, como hijos adoptivos de Dios vivo por el sacramento del bautismo, como herederos futuros de la gloria eterna, nos acordásemos de que sólo estamos en este destierro, en este valle de lágrimas, para reinar algún día en el Cielo en compañía de los

bienaventurados! Mucho tiempo ha, podíamos decir, que padezco, gimo y lloro oprimido de la pobreza en una infeliz oscuridad; en ninguna cosa encuentro más que espinas, abrojos y cruces que nacen debajo de mis pies; mojo el triste pan que como en las amargas lágrimas que derramo; pero un poco de paciencia y no más; día vendrá, si soy santo, en que me he de ver en el Cielo.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el Reino de los Cielos á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id más bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero, mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan también las demás vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

MEDITACIÓN

De la suprema desdicha del hombre.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la suprema desdicha del hombre es ser reprobado y desechado de Dios. La posesión de Dios es la suprema dicha: ¿quién se atreverá á negar está verdad? Luego, perder á Dios y perderle para siempre, no puede menos de ser su mayor desgracia.

Fue creado el hombre para sólo Dios: éste es nuestro fin, nuestra felicidad, nuestro centro. No hay que consultar por eso sino á nuestro corazón. Después de más de siete mil doscientos años que todos los hombres están trabajando por hacerse felices, ninguno ha podido encontrar reposo perfecto que satisficiera todos sus deseos; siempre queda en ellos un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos creados, y es porque el hombre no se hizo para ellos. Es menester que se eleve hasta el mismo Dios; y en tomando este partido, encuentra una paz y un consuelo que no halla en otra parte. Sólo Dios es su fin y el centro de su reposo; esto aun desde esta vida: ¡qué será en el Cielo por toda una eternidad, comunicándose Dios afectuosamente á un alma, entregándose todo á ella sin reserva; entrándose ésta, y, por decirlo así, anegándose en el gozo, en la felicidad del Señor! Concibe, si es posible, el infinito valor, la inmensidad de esta dicha; pero concibe también, por la misma razón, la desgracia de perder á Dios, de ser aborrecido, de ser reprobado de Dios, siendo objeto funesto de su indignación y de su cólera.

Aunque hubieras sido el monarca mayor del universo, el hombre más poderoso, el más feliz de todos los siglos; si en el momento que sales de este mundo te dice el Señor: No te conozco, no sé quién eres, jamás te conoceré, siempre serás objeto de horror á mis ojos, siempre abominable á mi corazón, siempre materia de mi encendida cólera, ¿qué será de ti, y qué serás tú mismo por toda la eternidad?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay en la Tierra mal que no tenga remedio; no hay infortunio, no hay desgracia sin esperanza, no hay desdicha que no admita consuelo; pero busca uno para aquellas espantosas palabras.

Si una negociación se desgracia, si se malogra un negocio, si una empresa considerable se frustra, si se pierde una rica herencia, si en un pleito injusto nos despoja de todos nuestros bienes una sentencia inicua; cuando no hay recurso en la vida, consuela el pensamiento de la muerte, considerando que puede durar muy poco aquella miseria; pero cuando uno se ve desgraciado con Dios; cuando ya no encuentra ni amigos ni intercesores con Él; cuando se secó para nosotros la fuente de misericordias; cuando se pasó ya el tiempo de las gracias; cuando ya no hay más tiempo; cuando sucedió la eternidad á este puñado casi imperceptible de días que se malograron miserablemente, y se oye la voz irritada de todo un Dios que en el furor de su cólera nos dice: No os conozco, no sé quién sois, y desde entonces ni se hace caso de nuestros trabajos pasados, ni se aprecian nuestros servicios, ni se trata de compasión, ni se habla de misericordia, no hay que gemir, no hay que llorar, no hay que lamentarse, no hay que dar aullidos de dolor. Esa prevención la debieras haber hecho con tiempo, debieras haber velado, debieras no haber estado ocioso, debieras haber trabajado en tu salvación mientras duraba el día; ya cerró la noche, ya nada se puede hacer en ella.

¡Ah Señor! ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Y ¿qué cosa le podrá resarcir esta lamentable pérdida?

Dios mío, ¡qué discretos y qué prudentes fueron los

santos en no haber pensado en otra cosa toda su vida! No permitáis, Señor, que las reflexiones que acabo de hacer sirvan sólo para mi mayor condenación y para mi eterna desdicha.

JACULATORIAS

No me arrojés, Señor, de tu presencia.—*Ps. 50.*

¿Adonde iré, Señor, si no me quieres reconocer por hijo tuyo? ¿Adonde huiré si no me quieres sufrir delante de Ti?—*Ps. 138.*

PROPÓSITOS

1. La más terrible desdicha del hombre en esta vida es el pecado, y en la otra morir en pecado. Pérdida de bienes y de salud; accidentes funestos y fatales; adversidades, persecuciones y desgracias; todos estos imaginarios infortunios ¿qué quieren decir en el sentido más natural? Sólo quieren significar vivir con alguna menos conveniencia, bajar algunos grados á los ojos de aquellos con quienes estábamos á nivel. Pero estar en pecado es ser objeto de horror á toda la Corte Celestial, es estar en desgracia de Dios, es merecer todos los tormentos del Infierno; y morir en pecado es ser objeto de infamia y de abominación, insigne malvado, triste pábulo de aquellos tormentos por toda la eternidad. A nada has de tener horror sino al pecado, y morir en pecado es lo que continuamente has de temer. De todas aquellas cosas que se llaman trabajos, aflicciones, desolaciones y miserias, hay recurso; pero morir en pecado no admite consuelo, no admite esperanza, no admite remedio.

2. Guárdate mucho en adelante de abandonarte á esos excesos de desolación y de tristeza cuando te

suceda alguna aflicción, algún trabajo. Quitóte Dios lo que te había dado, lo que no se te debía, ó lo que quizá sería muy pernicioso para ti. Pues ¿á qué fin esos desconsuelos y esas quejas? ¿Qué agravio te hacen en quitarte lo que no era tuyo? ¿Qué derecho tienen los hombres ni á los bienes ni á las honras temporales á que aspiran? No te aflijas, pues, sino del pecado; cuando te suceda algún contratiempo, consuélate con que eso no es pecado. Algunas veces puede más la tristeza que las máximas, y que los principios de la religión; pero las reflexiones cristianas disipan más presto la más negra y sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia más común de tu meditación.